

LO QUE NO VIMOS EN VENECIA

UN viaje a París me ha permitido ver «El proceso», de Orson Welles, y «Eva», de Joseph Losey, dos películas que nos quedamos esperando inutilmente en el último Festival de Venecia.

Las dos figuraban en la lista prevista y seleccionada. Y las dos fallaron. Oímos entonces muchos comentarios dispares. Se presumía, en general, que estas ausencias estaban motivadas por la falta de claridad de los films. «Ni a Welles ni a Losey les interesa que veamos sus películas en Venecia», oí decir. Tesis que, como todas las tesis malintencionadas, alcanzó buena fortuna.

Ahora puedo decir que las películas de Welles y Losey poseen enorme interés. Quizá a «Eva», de Losey, haya que achacarle una preocupación estilística que perjudica a varios aspectos sustanciales del film. El gran director americano —emigrado a raíz de la virulencia de MacCarty— se ha sumergido plenamente en el más refinado preciosismo del moderno cine europeo. Jeanne Moreau recuerda a la Jeanne Moreau de «Jules et Jim», de Truffaut, o a la de «La noche», de Antonioni. La misma riqueza fotogénica en la composición de los encuadres y en los movimientos de cámara; el mismo estilo narrativo entrecortado; los mismos contrapuntos de blancos y negros; y, en su contenido ideológico, la misma visión crítica, la misma denuncia —más consciente en Antonioni, más literaria, más amorosa, en Truffaut— de una relación entre los sexos cargada de contradicciones.

El protagonista de «Eva» es un hombre enamorado de su esposa, que, sin embargo, acudirá una y otra vez al lado de Eva, una distinguida «cortesana», que viene a personificar la aventura, lo prohibido. En cierto modo, «Eva» es una réplica de «Don Juan», montada sobre la Moreau y la sensibilidad de Losey.

Con todo, el film resulta tan inteligente como frustrado. Del Losey austero de «Tiempo sin piedad», falto de medios, lanzado a una especie de gran guiño del cine policiaco, a este de «Eva», mimado y bien pagado, hay una enorme distancia. Lo que quizá permita aventurar que estas deslumbradoras aventuras estilísticas son relativamente fáciles cuando el realizador se rodea de un equipo predisposto a ellas.

El caso de Welles es distinto. En Welles todas las arbitrariedades formales corresponden a una posición sustancial. Es un cine el suyo al que cabe aplicar lo de genial por su mismo desmesuramiento. En «El proceso» ha conseguido algo increíble. Hacer el film más terrible y a la vez más irónico de cuantos se proyectan ahora en París. No se pueden decir más cosas con un estilo humorístico. Y claro está que al utilizar la expresión «decir más cosas» no me refiero a los diálogos, sino a una concepción de la imagen y del montaje que permite infinitas sugerencias. Los planos de la oficina donde trabaja K. son inolvidables. En una inmensa sala, mayor que la de un cine, centenares de empleados escriben a máquina. Mecánicamente acompañan su tecleo y sus silencios. Es la traducción cinematográfica de aquel hombre-máquina que ya plantearon Chaplin o Elmer Rice. Pero dentro de una dimensión wellesiana, monstruosa, que en nada se parece a las posiciones de los citados.

Hay, además, un intento muy interesante. Desde que Kafka escribió «El proceso» hasta hoy ha surgido un hecho que parece consolidar el clima de la novela. Me refiero a la bomba atómica. Welles es absolutamente consciente de este nuevo pánico, que contribuye a hacer comunicable la problemática de «El proceso».

Muchísimas cosas más podrían decirse de esta bellísima película, en la que —¡cómo no!— también se descubre a veces ese lado tramposo que tiene casi todo el cine de Welles. Solo que la trampa adquiere un significado humorístico, que la hace perfectamente perdonable. Rommy Schneider está muy bien. Le han probado estos años vividos fuera de Alemania.

No creo que veamos «Eva» en Madrid. O quizá sí, si todo sigue el buen rumbo en que ahora andamos. Lo que sí es seguro es que veremos «El proceso». Y quizá vuelva a haber —como la noche de «El eclipse»— algunas manifestaciones de desagrado mientras otros aplauden con entusiasmo.

J. M.



Anthony Perkins en una escena de la película «El proceso», de Orson Welles

Usted ya conoce

POLVOS NETOL

con ellos consigue fácilmente un hogar limpio y resplandeciente

y si prefiere limpiar CON ESPUMA



pruebe hoy mismo nuevo tipo **ESPUMANTE** en paquete blanco y azul

ahora pruebe!

POLVOS NETOL

ESPUMANTES

ahorrará y saldrá ganando en cantidad y calidad

CUESTAN POCO...

Y COMO SIEMPRE LIMPIAN MAS